

Carlo Scarpa, pintor veneciano

La obra del arquitecto Carlo Scarpa se expone en la Academia de Venecia desde junio 84 hasta enero 85. En la mítica ciudad, la revista *Quaderns* presentó su número 158 dedicado íntegramente al gran maestro italiano. A continuación publicamos un texto de Rafael Moneo escrito para el catálogo de la exposición.

Contemplo una obra de Carlo Scarpa, arquitecto, como si se tratase de la obra de un pintor.

La mirada se detiene a cada instante, atrapada en lo singular, en lo concreto, sin atender al todo, sin que se produzca, en ningún momento, aquella imagen global que nos domina y nos tranquiliza a un tiempo en tantas arquitecturas, ya que nos permite reconocer, al identificar sus presupuestos iconográficos, el propósito y los intereses del arquitecto.

Tal, no ocurre ante las obras de Carlo Scarpa: su estructura imperceptible, fluida, escapa, no se dibuja con los rasgos de lo esperado. Su imagen, cualquiera que sea el programa al que la obra sirva, se disuelve en los múltiples reflejos de los paramentos, en la infinita variedad de los materiales, en el continuo quebrarse de los perfiles. Los ojos corren, atraídos por tantos alicientes, sin saber dónde reposar. El maestro nos niega cualquier pausa, cualquier descanso, al ofrecernos a cada instante un episodio diverso, como si aquel ambiente fuese indefinible, inaprehensible, y tan sólo adquiriese su completo y pleno sentido al advertir su condición fragmentaria y rota, condición que convierte en protagonista a lo singular, a lo incidental: lo que no excluye el que el arquitecto nos deje adivinar cuál de estos episodios es el más directo responsable de que aquel espacio se construya.

Ante el cuadro, idéntica mirada. Vamos de la interpretación de escena que da contenido al cuadro a la contemplación de los semblantes de quienes la protagonizan; de la visión atenta de cómo se dibuja el contorno de las figuras en el fondo al deleite ante el sugerido paisaje; de la curiosidad que nos produce el soporte al recreo en el toque de pincel. No hay en el cuadro tampoco lugar para el reposo al instigarnos éste continuamente a descubrir cuáles fueron las tentaciones que sufrió el pintor cuando se encontraba ante el caballete, cuáles fueron los estadios intermedios que, a la postre, produjeron el cuadro ante el que nos encontramos. Tan sólo la distancia, una deliberada distancia, nos permite recuperar la visión unitaria que hace del cuadro un cuadro.

El modo en que miramos, la singular manera de "estar" en que nos sitúan las obras de Carlo Scarpa, nos revela su método, el proceso seguido en su trabajo. Cuando Scarpa se enfrenta con el proyecto de arquitectura actúa, trabaja como un pintor: atraído por el efecto que en el cuadro produce la última pincelada; pendiente del cambio que en él introduce un nuevo tono; vigilante siempre para mantener aquella fluida estrategia que impone la obra en su propio hacerse. Sus dibujos nos ofrecen un anticipo de esta actitud al ser inmediato y veraz reflejo de su pensamiento. En ellos está el palpito de lo que será la complejidad de la futura obra y así se superponen, con frecuencia, observaciones de muy distinta índole, apuntes de lo que será la realidad, notas acerca de los materiales, que nos muestran al arquitecto reaccionando en el tiempo a cuantas sugerencias le dicta el discontinuo de tal inesperado proceso del proyecto.

De ahí el que no sea difícil ver cómo Scarpa se deleita en hacer brillar un mármol en una pared estucada; o en interrumpir un pavimento para que este adquiera un relieve no presentado; o en trabar unos sillares dibujando inverosímiles juntas. Acontece entonces que se nos hace presente la precisión de su diseño, precisión que provoca en nosotros una profunda admiración que va mucho más allá de



De izquierda a derecha, Carlo Scarpa en su última visita a Madrid, con Alejandro de la Sota, Ramón Molezún y Pedro Casariego.

la que merece la habilidad del artesano de que se sirve, ya que, y aunque a veces parezca lo contrario, la obra de Scarpa poco tiene que ver con la explotación de los conocimientos de los artesanos que con él trabajan, siendo así que lo que realmente aflora en ella no es tanto la virtud de quien ejecuta como la sabiduría de quien diseña.

Gusto, pues, de ver a Scarpa, reflexivo, en un primer momento, ante el tablero de dibujo, atento e inquieto, más tarde, ante los avatares y las sorpresas que la ejecución de la obra proporciona. Siempre, como un pintor ante el caballete, sensible al influjo que sobre ella ejercen cada uno de los instantes que, al materializar diversos pensamientos, se hacen presentes en ella. Siempre, como todo artista que ve cómo el fluir de la obra se adueña de su persona, dispuesto a incorporar en ella todos aquellos nuevos datos que en el propio hacerse de la misma se generan. El juego no tiene fin y tan sólo la densidad, un indescrutable tacto para valorar aquel momento en que la obra está próxima a la saturación, pondrá límite a su trabajo.

No tanta arquitectura se ha hecho, a lo largo de la historia, de este modo y es esta singularidad en el modo de hacer que nos parece advertir en su obra quién justificaría la irresistible atracción que hoy, ante ella, sentimos. Atracción que, por una parte, hace innecesario el encontrar antecedentes, establecer coincidencias, describir afinidades, ya que lleva pareja la intuición de que, en este caso, antecedentes, coincidencias y afinidades, tan sólo servirían para subrayar las diferencias que median entre su obra y aquellas con las cuales pretendíamos relacionarla. Singularidad que, en último término, es prueba de la coherencia interna de una obra que hoy vemos como fruto del largo, dedicado y abnegado esfuerzo por ampliar el campo de aquello que hemos dado en llamar arquitectura hasta el extremo de permitirme decir, y confío en que Carlo Scarpa se complacerá en ello, que el arquitecto Scarpa fue un pintor veneciano.

R. M.